

vez de resolver la dificultad, la hayáis mas bien trasportado, y que queriendo quitar ó dejar inútiles á los obispos, los multipliqueis en los párrocos, y que hinchados con el ilustre caracter que improvisamente les habeis echado acuestas la echen ellos de verdaderos obispos, y reduzcan al acto su soñada autoridad, porque esto sería *error peior priori*.

16. No hay que apurarse señores míos, replicaron al instante los teólogos; en todo hemos pensado, y nada se ha escapado de nuestra vista filosófico-teológica. ¿Creeis acaso que nuestra iluminada fe, despues de haberse felizmente libertado de la sujeción del papa y de los obispos, haya de caer en la vileza de humillarse despues á un cura lugareño? Nosotros no hemos hecho esponjar á los párrocos con otro fin que el de atar las manos á los obispos, humillarlos, y hacer por su medio que los pueblos desconfien de la autoridad del papa y de los obispos para establecer la propia; pero para cuando sea tiempo tenemos guardada otra preciosa doctrina teológica, que hemos dado en varios libros mas ó menos esplicada segun las circunstancias de los tiempos, y enseñaremos que la autoridad de las llaves la confirió Jesucristo á la universidad de los fieles, y no á los ministros eclesiásticos solamente: que el cuerpo de los fieles en que residen las llaves confiere el nudo y mero ejercicio y ministerio á ellos, dependiente siempre de la voluntad y arbitrio de la Iglesia. ¿Penetrais bien toda la profundidad de esta doctrina? Ella en re-

sumidas cuentas quiere decir que el pueblo disputa con autoridad superior al señor Sempronio; si el señor Sempronio pretendiere imponer al pueblo con su autoridad y su enseñanza, el pueblo inmediatamente le quita las llaves al señor Sempronio, y se las dá al señor Sulpicio, y como el pueblo es el que tiene el entero dominio de las llaves, podrá limitar el uso de ellas al señor Sulpicio del modo que mejor le pareciere, podrá prescribirle tales y tales actos de culto eterno á Dios, y las prácticas que mejor puedan combinarse con la felicidad, la armonia y la paz del estado, y tambien si quisierais con el espíritu de vuestra filosofia. De aquí resultará que cuando los párrocos creian calzarse la mitra, se hallarán con esposas en las manos. A mas de que los párrocos serán siempre entes pequeños que no impondrán á nuestra creencia, y si tomais el prudente partido de hacer que sea precaria y dependiente de vos la subsistencia de ellos, vais seguros, porque presto calla la lengua cuando la boca teme el ayuno.

17. Ahora comprendereis, señores míos, cuan ventajosas os son nuestras doctrinas que tiran nada menos que á desembarazaros de toda la gerarquía eclesiástica tan imperiosa. Verdad es que aun quitada del medio la gerarquía os quedará una iglesia que supone alguna religion revelada como la iglesia de Lutero y de Calvino; pero no hay que dar cuidado por eso, que á bien que los señores calvinistas y luteranos son de

suyo inclinadísimo á vuestra filosofía. Los mejores amigos los teneis en Inglaterra, en Holanda, en Suiza, en la Sajonia y en gran parte de la Alemania, y el rezago que todavia conservan de cierto culto exterior por sola política, lo sacrifican á la paz popular y doméstica. El mas fuerte obstáculo que teniais que superar y el mas terrible era la Iglesia católica romana, siempre intolerante de cualquiera otra creencia, siempre firme en sus principios, siempre incesorable en sus decisiones; pero una vez reducida esta con el manejo de nuestras doctrinas y de las pasiones de otros á haberse de unir con las iglesias calvinísticas, os da vencida la causa en el principal artículo; y así estais ya casi en posesion de la victoria.

18. Estaba la filosofía oyendo con gran gusto como se desenvolvía un plan teológico tejido con tan fino artificio, y se pasmaba de haber estado por tanto tiempo en el error de creer que era enemiga suya la sana teología moderna. Sin embargo no acababa de deponer sus temores acerca del feliz éxito. La católica religion, decía ella, exige de sus secuaces una ciega submission de entendimiento. Artículos hay de los cuales la duda sola es para ellos un delito. El sentido privado y el propio juicio en materia de fe lleva consigo el anatema. ¿Cómo haremos para vencer esta roca que hasta desde lejos nos impide los aproches? A mas de que hay en esta misma religion hombres que hacen alarde de celo y constancia, especialmente los obispos, y es-

tos mantendrán en la preocupacion y envejecidas tinieblas á los pueblos, harán resonar en las Iglesias y plazas, y hasta en el trono de los príncipes, su acostumbrado severísimo *non licet*. Conmovidos y escitados los pueblos podrian renovar en la Europa las desagradables escenas del siglo décimosesto, que nuestra filosofía amiga de la paz y enemiga de sangre detesta y aborrece.

19. La teología á estas palabras en vez de asustarse, sonrió con la risita sardónica que le es tan natural. Nada ignoramos, respondieron los teólogos, de cuanto la filosofía nos opondrá; pero podemos asegurarla sobre nuestra delicada conciencia, que esta oposicion ha mucho tiempo que la previmos, superamos y deshicimos con nuestra penetracion y destreza. Sirvanse pues los señores filósofos de renovar por corto rato su atencion, y esperamos hacerles tocar con la mano que no hay en el mundo obstáculo que un teólogo advertido no pueda superar, siempre que á sus doctrinas no huya de prestar su cooperacion la filosofía.

20. No olvidéis, señores, el gran principio que arriba establecimos, y es que la reforma de la Iglesia católica jamás se ha de intentar bajo el aspecto de destruirla, sino de purgarla y embellecerla, y así de cuanto haya mas especioso, sagrado y autorizado en la apariéncia, de tanto echaremos mano como celosos católicos, y á todo se le dará tan vívaz y tan tierno colorido de celo, de sana doctrina, de pura teología, que así los doctos como los semidoctos y la plebe,

darán en el garlito. Serán nuestros principios á primera vista tan luminosos y sacrosantos, que los mas advertidos caerán en la zelada; y si para abatir la gerarquía eclesiástica á una con las doctrinas lisonjeras hicimos jugar á nuestro intento las mas sutiles y menos conocidas pasiones del hombre; ahora para destruir toda la disciplina presente y alterar el dogma, echaremos mano con el mismo intento de las virtudes mismas de los hombres. Algo delicado es el magisterio, y conviene esplicarlo con alguna estension; pero no dudamos de vuestra perspicacia para comprender desde luego toda su estension y solidez.

21. Será nuestra primera proposicion la de ajustar la Iglesia presente al modelo de la veneranda antigüedad. Este principio no tarda en encantar y sorprender á los doctos y celosos. Nadie ignora que en subiendo al nacimiento de las aguas, mas limpias se hallan. Un principio tan justo y que la Iglesia venera, aprueba y sigue en tantas ocasiones, es muy apropósito para seducir á las personas piadosas. Hecho esto pasaremos á pintar con los mas tetricos colores el decaimiento del hermoso semblante de la Iglesia macilento y acabado, los abusos introducidos, las impías corruptelas, las profanaciones, y aquí pareceremos otros tantos Jeremias llorando á lágrima viva sobre la desolacion del templo y de la ciudad santa. No nos faltará la escritura donde hallaremos hasta las espesas profecías; mediante que la escritura dice todo lo que uno

quiere si sabe aplicarla á lo que le tiene cuenta. Estos abusos y estas corruptibles los llamaremos efectos únicos de la disciplina presente. En vez de buscar en la mortificacion de nuestras pasiones el interno remedio, lo buscaremos en los exteriores; en vez de suministrar los medios para reformar el corazon humano, pensaremos en quitar las antiguas leyes, los piadosos usos, las acostumbradas practicas de piedad; estas las representaremos como supersticiones opuestas al verdadero espíritu de la religion. Bajo el término de supersticion que es equívoco, mas facilmente ocultaremos las máximas que queremos introducir. Cualquier desórden toleraremos, menos el de la supersticion. Este será para nosotros un delito imperdonable. Aplicaremos este vicio á la presente disciplina; pondremos el ingenio en ortura para hallar en ella errores que tragará la plebe, porque no está en estado de descubrir la falsedad. Luego iremos poco á poco dando por sospechosa ya una, ya otra práctica de religion á que iremos dando por el pie con el fin de purificar la fe. Hoy se quitan las indulgencias, mañana los sufragios: hoy se reforman las ideas del purgatorio, mañana se quitan los altares privilegiados: hoy las novenas y los triduos, mañana los rosarios, los altares menores y las candelas. De este modo la plebe se va pacíficamente acostumbraudo á verse libre de tantos embarazos de devocion, y pasa á saborearse con la libertad adquirida; especialmente, señores míos, si la entretenéis y divertís con paseos, jardines, bailes y

teatros. Los semidoctos no caben de gozo, declarándose por la novedad y creyendo adquirir con esto fama de hombres entendidos y despreocupados, y mirando la teología lo mismo que un vestido de moda. Los hombres doctos y celosos, estáticos con la siempre repetida y encantadora idea de la venerable antigüedad, por la cual suspiran y tras de ella se deshacen por su ternísimo zelo, dejan perecer sin conmoverse la disciplina presente, y ayudan si es menester absortos y estáticos en la esperanza de la futura, que con impaciencia esperan ver mejorada, *expectantes beatam spem*, y que haya de restablecer el deturpado rostro de la amada esposa de Jesucristo. Pero entre tanto ¿cual será la disciplina que introduciremos? ¿Será la del primero, del segundo, del tercer siglo de la Iglesia? ¡Oh! ni por pienso. Por todo el oro del mundo no lograrán que fijemos una determinada, para quedarnos siempre con las manos libres y versátiles las doctrinas, según la oportunidad del tiempo. Ya procuraremos mantenernos siempre en campo ancho y sobre amplias generalidades para abatir á mano salva la disciplina presente y establecer la que mas fácilmente pueda conducirnos al éscito del plan general que hemos formado. Es verdad que al fin y al cabo se descubrirá el ojaldrado. ¿Pero cuando? Cuando la plebe estará contenta con la libertad adquirida, y nada dispuesta ya á volver al yugo antiguo. Cuando los semidoctos habrán ya adoptado el indiferentismo que universalmente suele reinar en esta clase. Cuán-

do los doctos y celosos creyendo haber llegado á las puertas de Jerusalem para dar principio á los felices dias de la Iglesia naciente, se hallarán con la multitud como por un laberinto á las puertas de Ginebra, para venerar las memorias de Calvino y las reliquias de Teodoro Beza. Entonces es verdad que gritarán estos: *¡dusion! engaño! tracion!* pero muy tarde. Su voz será muy débil para que llegue á oirse, y tendrán que digerir en silencio su tardía desesperación.

22. Aquí fué el universal aplauso y un general palmoteo aprobador de la parlante teología, cosa que animó maravillosamente á los teólogos para seguir el hilo de la ideada reforma, y prosiguieron diciendo: Pero no creais, señores, que para en esto la cosa; hemos pensado en otro medio que sorprenderá en la red teológica el zelo hasta de personajes ilustres en piedad y doctrina. La echaremos de diestros pilotos, que con un artificioso manejo de velas se saben aprovechar del viento contrario para llevar la nave al término opuesto. Nos vestiremos del carácter de celosos reformadores de la lacsa moral que se ha introducido en la Iglesia en estos últimos tiempos; nuestro lenguaje será á manera del de los inspirados profetas: por todas partes arrojaremos las llamas de nuestro zelo, derramaremos lágrimas de dolor bien amargas sobre la corrompida teología que domina en el seno de la Iglesia: imploraremos la piedad, la religion, la fe de los obispos y de los sacerdotes para que se opongan con generosidad, como antemurales

fuertes á la inundante avenida del libertinage, al cual abrieron los diques los escandalosos y malignos molinistas para arruinar toda la Iglesia. Los exhortaremos á cerrar los caminos de perdicion que andan tantas almas redimidas con la sangre de Jesucristo, seducidas de perversos maestros *prurientes auribus*, que *á veritate auditum averiunt*, que *ad fabulas convertuntur* (1). Movidos y escitados de gritos tan afanosos los obispos, sacerdotes, prelados y claustrales correrán á unirse con nosotros. Esta, dirán desde luego, es la voz de Jacob. Cuantos vocean zelo y ternura por la salvacion de las almas, y á una con estos, cuantos tienen secreto empeño en abatir á los molinistas, facilmente creerán nuestras palabras, y sin detencion vendrán á engrosar nuestro partido como partido de la verdad; mas cuando los háyamos empeñado y enfervorizado bien en asunto de tanta importancia, dejaremos caer de cuando en cuando, y en medio de nuestras declamaciones ciertas columbinas quejas, y sin embargo ¿quién lo creería? "En vista de tanta corruptela y lacerismo la Iglesia romana calla y no se conmueve. ¡Ay de nosotros! Ella deja acometer á todas las verdades capitales asi en materia de fe como de costumbres, sin molestar siquiera con un grito á los pérfidos agresores. Cuando todos los buenos gimen sobre la abominacion estante en el lugar santo de Dios,

(1) *I. ad Tim. 4.*

Roma solo desfiere á las políticas y manejos, y favorece el error la que es maestra de la verdad." Estas espresiones aisladas hubieran sido en otros tiempos no bien oidas cuando escercadas por estos personajes de piedad y zelo, cuyo corazon es rectísimo y su fe bien radicada; pero una vez caidos en el lazo por puro error de entendimiento, y enardecida la fantasia contra una moral arruinada y cenagosa, estas espresiones y lamentos pierden el horror antiguo, y no presentan ya un semblante monstruoso. El zelo mismo que tienen hace que empiecen por darles acogida sin repugnancia, y se la continúen con algun gusto; despues, añadiendo siempre leña al fuego se aprueban como justas é indispensables; de este modo se va insinuando cierta frialdad, cierto espíritu de contradiccion á Roma, esto es en nuestro lenguaje, á la sede apostólica, tanto menos advertido quanto mas justificado con la apariencia de zelo, y por este medio y por este zelo, he aqui llevados muchos obispos y sacerdotes á ser devotamente rebeldes al sòlio de Pedro. De aquí nacerá en ellos el prurito de multiplicar los catecismos, cada uno querrá tener el suyo por no querer hacer uso del catecismo romano que otras veces les bastaba á los obispos de la Iglesia. La misma variedad de los catecismos en las circunstancias presentes la gradamos nosotros por ventajosa y no poco á nuestra causa. Cada uno querrá tener su teología, y no es menester mas para multiplicar las cuestiones que parece que purifican la fe y en realidad

la confunden. En esta variedad de pareceres y por medio de ella entraremos nosotros con nuestros catecismos, que serán acuñados y moderados con arreglo al gran plan teológico-filosófico.

23. Inflamado así el zelo de los obispos y del clero, y engañado con la especiosa capa del zelo mismo, virtud que fácilmente se confunde con la ira, con la soberbia, con la adhesión al propio dictámen, las doctrinas mas rígidas pertenecientes á costumbres las sostendremos todas. Nosotros bien sabemos que las doctrinas mas rígidas no son siempre las mas verdaderas y que las hay falsas y erróneas; pero el gran principio que ha llegado á ser dominante de que la religion está toda deformada y corrompida, que las antiguas fuentes de la moral estan todas turbias y cenagosas, no deja lugar para separar con tranquilidad y sosiego de juicio las falsas sentencias de las verdaderas, y todas serán verdaderas como sean rígidas. De aquí el amor de Dios llevado á una pureza y sublimidad de grados á que el hombre debe desesperar de poder llegar jamás, el temor santo de Dios y de sus castigos que suele ser mas eficaz en el hombre, degradado á la condicion de esclavo y caracterizado cual traidor de las almas y enemigo de la salvacion. El dolor de los pecados, la penitencia, la humillacion de espíritu elevado al grado de haber de alejarse del sacramento de la penitencia por no profanarlo. Las disposiciones para la Eucaristía tan finas, tan sublimes, que por precision de humildad, no solo sin encogimiento sino

por necesaria obligacion por años continuos se debe estar en ayunas del manjar eucarístico. Los tribunales de la penitencia erigidos en cátedras de severísimo juicio contra los pecadores, sin que jamás los temple algun consuelo que anime á la esperanza al penitente. Un jóven caido en culpa mortal no sea ya digno del sacerdocio; y así sean tan raros los presbíteros, como lo es en el mundo la inocencia bautismal. El sacerdote si cayó una vez en culpa mortal, cese en el ejercicio de su órden para no hacerse mas culpable delante de Dios; así que los sacerdotes que quedan deben dejar la misa y el empleo pastoral solo por espíritu de penitencia. La absolucion de los pecados graves diferase á la prueba del amor dominante hasta el artículo de la muerte, y de este modo los cristianos en el discurso de su vida no tengan ya que incomodar al párroco con el tedioso empleo de las confesiones. Al favor de estas doctrinas ireis insinuando en todos los católicos indubitavelmente una desesperacion, por cuyo medio se adormecerán quieta y pacíficamente en el estado en que los precipitó una passion. El hombre está naturalmente dispuesto de manera, que lleva sobre sí el peso mientras es proporcionado á sus espaldas; pero cuando siente que le abruma desmesuradamente el hombre, subentra á la paciencia la desesperacion y arroja violentamente de sí el excesivo peso, y con él el conveniente y arreglado, y se va á toda prisa á gozar de su libertad. Ya veis, señores, que se consiguió por medio de este zelo lo que jamás se

hubiera podido lograr con el mas ensanchado laxismo. Si este se hubiese puesto á enseñar que raras veces ó casi nunca debemos acercarnos á la confesion y á la comunión, que viendo inútiles nuestros esfuerzos debemos quietamente referirnos á los arcanos decretos de la divina predestinacion, que á unos elige antecedentemente para vasos de contumelia, á otros para vasos de honor, este idioma al instante se hubiera conocido por idioma de Calvino; pero bajo el disfraz de purísimo zelo de amor de Dios, de verdadera contricion, todo esto entre los celosos menos advertidos pasa por una verdad sacrosanta; y si tentase alguno descubrir el oculto engaño, dar sobre él con el aplauso de todos los buenos. ¡Miren el lacso molinista! el corruptor de la sana moral! el malvado malicioso sembrador de la zizaña en el campo evangélico! No se discurre que es necesario que á nuestra rígida moral corresponda nuestra práctica. Pelagio pudo vengarse de San Gerónimo que lo habia confutado incendiando su monasterio de Belén y no perdió por eso el crédito de hombre santo, porque sabia enseñar que era menester *amar á los enemigos como á los propios parientes*. Una cosa es la moral especulativa y otra la práctica. Del mal obrar no os vendrá daño alguno, con tal que enseñéis la rígida doctrina. En efecto, mis señores, á estas horas ¿cuantos hemos cogido con este lazo? Hemos oido nosotros mismos á varios párrocos de la teología antigua quejarse altamente con nosotros (que en secreto nos reia-

mos de su simpleza y tontería) de que al paso que la rígida moral habia ido tomando pie, se habia disminuido en sus parroquias la frecuencia de sacramentos, y aumentado en el clero y el pueblo el desarreglo de las costumbres, y protestar que no acababan de entender este misterio. Pero si no lo entendian estos simples, lo entendiamos muy bien nosotros, y podemos hacer alarde de una prueba de hecho, que justifica maravillosamente de fina nuestra sagacidad. Añadese que entre estas exclamaciones de zelo á favor de la *sana* moral, damos á luz de cuando en cuando ciertas preciosas obritas que les ponen en duda á los cristianos el precepto de la confesion auricular, de que dió prueba en estos últimos tiempos nuestro doctísimo teólogo Eybel; y si quiso el papa condenarlo, tambien y muy presto condenaron el breve nuestros teólogos con ciertas anotaciones y comentarios que manifiestan bien qué diferencia debe darse al precepto divino de la confesion y al papa que lo sostiene. Es verdad que no hemos llegado aun á impugnar la real presencia de Jesucristo en el Sacramento del Altar; pero nuestro gran teólogo Arnaldo con su libro *de la frecuente comunión* ha quitado casi enteramente el uso. No conviene echar tanta leña al fuego con riesgo de escitar un incendio, y es sábio consejo no acemeter de frente á una fortaleza, porque entónces los sitiados redoblan los esfuerzos y se arriesga la nata del ejército: tal vez tiene mas cuenta bloquearla con lento si-

tio, para que consumidas las provisiones, debilitados de una larga hambre, tediados de la dilatada inacción y entorpecidos los sitiados venían espontáneamente á tratar de rendición. Fácilmente se pondrá despues por medio de circunloquios y rodeos de palabras acercar sobre poco mas ó menos la misa á la idea de la cena calvinística; de este modo y alternando con fino magisterio la rigida moral con la fe muelle, procuraremos hacer á los católicos calvinistas prácticos, y luego con mas facilidad y con menos temor, teóricos.

24. Pero donde triunfará mas nuestro ingenio y el arte mas exquisita de nuestra doctrina, será en persuadir á los católicos que se perdió en la culpa de Adán el libre albedrio, y de aquí la necesidad, para lograr la salvación de una gracia necesitante al bien. Vosotros no ignorais que Lutero y Calvino, si no fueron los primeros, fueron ciertamente los mas firmes sostenedores de este santísimo y utilísimo dogma. ¿Pero qué sucedió? Supieron aquellos grandes hombres descubrir la verdad, pero ignoraron cuales eran los verdaderos y reales medios de radicarla quieta y sosegadamente en el entendimiento y en el corazon de los católicos. Con palabras nada ambiguas, con términos mas claros que el medio dia, erigieron desde luego en dogma de fe la gracia necesitante y la positiva reprobación de los no predestinados. De buenas á buenas usaron segun el estilo de aquel tiempo de demasada sinceridad, que enteramente echó á perder

su causa, y se manifestaron por hereges á toda la Iglesia, que en el concilio de Trento se les echó encima, y oprimió con sus acostumbrados anatemas; pero nosotros, teólogos posteriores, enseñados por la esperiencia, gran maestra en todos los negocios, hemos pensado urdir una máquina mas ingeniosa, y construida con tan secretos muelles y ruedas tan bien dispuestas, que la gracia necesitante fuese la principal metriz, y apareciese siempre por defuera sola la gracia necesaria y gratuita, que es el dogma que profesan los católicos. Este artificio era muy necesario para hacer que un dogma católico sirviese de arrancar de cuajo toda la moral rigida, que insinuamos solamente para enganar al clero, y que nos dejase acercar á minar el macho de la fortaleza, sin que hubiese quien nos embarazase el camino. La gracia necesitante, señores míos, es un maravilloso calmante de los remordimientos de la conciencia. Es un secreto especialísimo para vestirse de indiferencia en todo lo conveniente á la religion revelada. Es un opio potentísimo que aletargando las potencias del alma para las obras de la gracia, las aviva y conforta para las operaciones de la naturaleza. Cualquiera por idiota que se le suponga, saca de esto para sí limpísima la consecuencia. O el Señor me concede la gracia necesitante al bien, y entonces necesaria y gustosamente obraré bien; ó el Señor me la niega, y con todos mis esfuerzos necesaria y gustosamente obraré mal, y deberé pe-

